

## Lamento gregoriano

CRISTÓBAL BELLOLIO

Se nos muere el liberalismo, ahogado por su propio éxito. Esa es la tesis de *¿Por qué ha fracasado el liberalismo?*, de Patrick Deneen. Después de cinco siglos de aplicación, el liberalismo habría conseguido, sin querer queriendo, todos sus siniestros objetivos: enterró las viejas y edificantes concepciones de libertad como autogobierno personal y colectivo, reemplazándolas por un sucedáneo insípido de independencia individual y emancipación de los lazos sociales; destruyó a martillazos la tradición, la cultura y la comunidad, fuente de todo sentido y pertenencia de los seres humanos, dejándolos vacíos y desnudos, adictos a la inmediatez y esclavos del consumo insustancial; dinamitó las estructuras de apoyo y significado que mediaban entre el individuo y el Estado —entre ellas la fami-

lia y la religión—, glorificando la soberanía de lo que Marx denunció como “mónadas aisladas y replegadas en sí mismas” y, paradójicamente para la prédica del propio liberalismo, elevando al Leviatán a categoría sacra; subyugó a la naturaleza, estrujando sus recursos y revolucionando sus categorías a merced de la ávida rapiña de la especie y al capricho de la voluntad política. En resumen, el liberalismo es prácticamente culpable de todos los males sociales que puedan enumerarse, incluyendo, por cierto, los efectos indeseables del internet o que las universidades ya no enseñen artes liberales.

El problema central de la crítica de Deneen es que resulta imposible someter al liberalismo a un juicio comprensivo de esta naturaleza, principalmente porque el acusado tiene muchos



## Los límites del liberalismo

DANIEL MANSUY

El primer mérito del libro de Patrick Deneen (*¿Por qué ha fracasado el liberalismo?*) es hacerse cargo de una realidad que parece cada día más palpable. Si en los años noventa creíamos que la historia había llegado a su estadio último y celebrábamos el consenso de Washington, hoy estamos invadidos por las dudas. Las democracias occidentales han perdido confianza en sí mismas: ya nadie puede garantizar que en el futuro seguirán existiendo tal como las conocemos. ¿Cómo explicar un cambio tan rotundo en el ambiente político e intelectual? Nuestro autor tiene al respecto una tesis provocativa que merece ser examinada con sumo cuidado. Según él, nuestro tiempo está marcado por el fracaso del liberalismo. Pero esto no es todo. Este fracaso no sería sino la contracara de su éxito, pues el despliegue

del liberalismo ha sido tan profundo que ha ido agotando sus recursos. Deneen (un conservador) comparte el diagnóstico de Castoriadis (que viene de la izquierda): para perdurar, la tradición liberal debe ser equilibrada por principios no liberales. Por lo mismo, al convertirse en hegemónico, el liberalismo pone en riesgo sus condiciones de posibilidad. Cuando su dominación se ejerce sin contrapeso, tiende naturalmente al colapso.

Para comprender el argumento, resulta imprescindible remitirse a los fundamentos antropológicos de la tradición liberal. Para Deneen, esta se funda en una negación del carácter social del hombre. Este axioma supone dos ideas centrales: somos individuos titulares de derechos y tendemos a seguir nuestros apetitos. En esta

rostros, varios de ellos en tensión —cuando no incompatibles— entre sí. A ratos, Deneen las emprende contra el liberalismo como teoría política, otras veces como conjunto de premisas antropológicas, otras tantas como práctica social. A ratos concentra su fuego en el proyecto moderno que se inicia con Hobbes, otras veces apunta contra la ambición racionalista que caracterizó al liberalismo revolucionario, para seguir con acusaciones algo vanas sobre fenómenos contingentes en los campus de su entorno académico.

Sobre esto último: el liberalismo siempre ha estado marcado por una discusión interna entre los ideales de la tolerancia que motivaron su advenimiento histórico y los ideales de autonomía racional que fueron incorporados en su etapa ilustrada. Mientras el primer liberalismo no supone una concepción unívoca de la vida buena y respeta la diversidad de fines humanos, el segundo aspira a que todos los ciudadanos sean capaces de escoger racionalmente un proyecto que empalme con sus esperanzas de progreso moral. El primero ha sido defendido por autores

como William Galston, se identifica parcialmente con el Rawls de *Liberalismo político* e incluso con la propuesta de *modus vivendi* que ha hecho John Gray, otro crítico formidable del progresismo liberal. Deneen parece creer que solo existe el segundo. Curiosamente, en su libro no hay una sola mención a Kant, uno de los patrones del liberalismo de la autonomía. Curiosamente, digo, porque la noción de libertad que Deneen quiere recuperar —esa capacidad de ganarle a los deseos e inclinaciones sensibles y así elevarse al cumplimiento de una ley moral— es precisamente la noción kantiana. En este sentido, si bien es cierto que la mayoría de los liberales del panteón descansan en una noción de libertad como ausencia de coerción o interferencia, el tratamiento de Deneen ignora que las definiciones conceptuales no determinan necesariamente las posiciones normativas.

La libertad es importante para el liberalismo, pero no es el único valor, repetía hasta el cansancio Isaiah Berlin. En Rawls, el valor principal es la justicia. En Dworkin, la igualdad. Tampoco

lógica, todo lo que dificulte nuestras inclinaciones se convierte en un obstáculo a superar. Si se quiere, el liberalismo constituye —en la óptica de Deneen— una colosal empresa de emancipación; una emancipación tanto respecto de los otros (que, con frecuencia, impiden la satisfacción de mis apetitos) como de la naturaleza (que debe ser dominada para que se vuelva dócil a nuestros deseos). El individuo soberano no quiere saber nada del entorno, pues es totalmente autorreferido. Las consecuencias estarían a la vista: desastre ecológico y erosión de las formas de vida comunitaria.

Según Deneen, este es el modo de leer la creciente insuficiencia de nuestras instituciones para enfrentar adecuadamente los desafíos actuales. Por un lado, el desarrollo exacerbado del aparato estatal se explica porque los tejidos sociales tradicionales ya no cumplen la labor que antes dábamos por descontada (piénsese, por ejemplo, en el cuidado de los ancianos). El Estado se ve obligado a intervenir más y más, pero su intervención es cada vez más vana. Por otro lado,

el liberalismo económico aplicado a escala global no tiene ningún respeto por las comunidades locales, y se vuelve cada vez más agresivo. Estas dos lógicas no son contradictorias, sino perfectamente complementarias. En efecto, el Estado y el mercado tienden a convertirse en poderes tutelares que se ciernen sobre un individuo que carece de relaciones sociales sustantivas. De más está decir que, en sede liberal, la vida cívica no tiene un valor relevante, pues solo vale la dimensión privada. Si las democracias ya no consiguen seducir al ciudadano, es simplemente porque en su proyecto inicial estaba programada su desaparición (basta leer algunas páginas de Constant para percatarse). En este contexto, el fracaso liberal no es sorprendente: dado que su antropología omite elementos fundamentales del fenómeno humano, es natural que su despliegue termine chocando con la realidad.

La tesis de Deneen, sobra decirlo, admite múltiples matices. Por de pronto, su caracterización del liberalismo es bastante gruesa. Nunca queda del todo claro, por ejemplo, en qué medida el

es enteramente cierto que el liberalismo sea un proyecto racionalista que se aplica “de arriba hacia abajo”. Deneen prefiere los sistemas sociales que emergen de “abajo hacia arriba”. Una larga tradición liberal, de Hume a Hayek, estaría de acuerdo. Finalmente, Deneen describe al liberalismo como un proyecto nietzscheano en busca de una nueva casta de superhombres, obviando imperdonablemente sus raíces cristianas.

En debates más contingentes, Deneen acusa al liberalismo de inflamar la política de las identidades. Pero, justamente por su orientación universalista, los liberales han sido los más críticos del fenómeno. Lo fue Brian Barry hace dos décadas ante el avance del multiculturalismo. Lo hacen actualmente intelectuales públicos como Steven Pinker y Mark Lilla. Deneen también le carga al liberalismo las culpas del posmodernismo. Otro cargo dudoso: mientras el liberalismo defiende el método científico como epistemología pública, la coalición que disputa el

estatus del saber objetivo es variopinta y va desde el feminismo radical hasta los socios creacionistas de Deneen. También se confunde de adversario cuando sostiene que el liberalismo acusa de “falsa conciencia” a quienes no se adaptan a un estilo de vida individualista y racional. Esa es justamente la crítica marxista al liberalismo, por afirmar una vida de elecciones (agencia) que no son tales por los condicionamientos de la estructura. Aquí faltó Popper: una teoría que explica todo, no explica realmente nada.

La sensación final es que Deneen subraya aquellos aspectos del liberalismo que han sido perjudiciales para su propia filosofía, una especie de comunitarismo tradicionalista católico que ha sufrido en el “mercado de las ideas”. Pero es un error pensar que el liberalismo persigue a la tradición *per se* o busca erradicar las prácticas culturales de una determinada comunidad en tanto no faciliten la autonomía. Lo que exige es que sean capaces de justificarse ante los individuos

proyecto liberal coincide o no con el proyecto moderno. El autor tiende a identificarlos enteramente, pero hay buenos motivos para pensar que la historia es un poco distinta. Además, el Tocqueville retratado en el libro deja varias dudas, porque toma en cuenta una sola perspectiva de un pensador multifacético. Ahora bien, sería mezquino aferrarse a ese tipo de motivos para descalificar el argumento principal. Deneen se ve obligado a generalizar, y eso no le impide acertar en buena parte del diagnóstico: a estas alturas, no podemos continuar atribuyendo todas las dificultades del mundo liberal a causas exógenas. Como bien notaba un liberal tan impecable como Aron, las sociedades occidentales tienden al vacío cuando dejan de proponer horizontes significativos a sus miembros. De esta ausencia se derivan patologías cada día más visibles, y el texto busca hacerse cargo de ellas.

Con todo, en sus páginas finales, el libro sugiere que debemos inventar nuevas formas de asociatividad para superar el orden liberal, pero en este punto queda abierta más de una interrogante. Por de pronto, el autor no se pregunta en ningún momento por las causas que llevaron al establecimiento y triunfo de la doctrina liberal, las que cualquier análisis crítico no puede dejar de examinar en detalle. Si acaso es cierto que la modernidad perdió el rumbo, nuestra primera tarea —ya lo decía Strauss— pasa por determinar con suma precisión los orígenes intelectuales de ese extravío. Sin embargo, este libro no entra en esa discusión. En último término, *¿Por qué ha fracasado el liberalismo?* es un texto con fines programáticos, pues sus preguntas van más allá de lo intelectual. Como Lenin, Deneen quiere saber *qué hacer*. Tanto es así, que el último párrafo del libro afirma que necesitamos “nuevas prácticas” más



que serán sometidos a ellas. La ablación genital femenina es una práctica que subsiste en el Islam y otras denominaciones similares. ¿Debemos proteger dicha práctica en cuanto refleja la cultura de estas comunidades, o bien debemos proteger los derechos individuales de las niñas que la sufren? El liberalismo opta por lo segundo. En la lógica de Deneen, no hay nada que se oponga a lo primero.

Aunque solo en la conclusión nos advierte que no busca volver al medioevo —una aclaración necesaria— lo suyo suena como un lamento gregoriano, nostálgico de un mundo donde las personas nacen y mueren dentro de una misma comunidad y estatus.

PD: Escribo estas líneas desde la que probablemente sea la universidad más liberal de Chile, donde se imparte el programa más ambicioso de artes liberales del país. **PYC**

---

Cristóbal Belloio es abogado y doctor en filosofía política por el University College de Londres, Inglaterra. Es profesor de la Escuela de Gobierno de la Universidad Adolfo Ibáñez.

que “mejores teorías”. La paradoja es manifiesta. Después de haber dedicado más de doscientas páginas a ilustrar el poder causal de las ideas liberales, Deneen —como Burke y como buena parte de la tradición conservadora— termina desconfiando del poder de la teoría. Desde luego, no se trata de abogar por una teoría desconectada de la práctica, pero en la tradición clásica (reivindicada por el autor) toda *praxis* debe estar iluminada por una comprensión del mundo. Si la crisis del liberalismo es tan profunda como piensa este autor, entonces nuestros desafíos intelectuales no son nada de secundarios respecto de la práctica. Todo intento precipitado por eludir esa cuestión conducirá, paradójicamente, al fracaso. Puede decirse que sortear ese riesgo es el principal desafío del mundo que representa Patrick Deneen. **PYC**

---

Daniel Mansuy es doctor en Ciencia Política de la Universidad de Rennes, Francia. Es director del Centro de Investigación Social Signos, de la Universidad de los Andes, y profesor del Instituto de Filosofía de la misma universidad, e investigador senior del Instituto de Estudios de la Sociedad.